

La Voz de Galicia cumple

hoy setenta y cinco años de existencia

Fundamentales mejoras coruñesas logradas como consecuencia de una labor generosa e infatigable

LOS FRUTOS DE UNA LABOR

LA VOZ DE GALICIA celebra hoy setenta y cinco años de existencia. Y no es lo más importante en este caso sobrevivir a tan larga edad, con no ser poco. LA VOZ DE GALICIA cerró hoy —cerró ayer, diríamos mejor—, sus setenta y cinco primeros años de vida, situada en un plano muy alto de vigorosa prosperidad. El soplo caliente de amor a Galicia con que don Juan Fernández Latorre infundió vida a este diario, sigue siendo, vivo y muerto el fundador, la causa fundamental de su existencia. Sin vacilaciones, sin claudicaciones, sin debilidades.

Anticipémonos a la posible pregunta maliciosa: ¿Qué quedó de setenta y cinco años de labor por La Coruña? Qué quedó mucho ciertamente, debido de manera exclusiva a la gestión firme y serena del periódico. Sobre un amplio fondo, diluido en su misma amplitud, de justas causas defendidas, de abusos denunciados, de un noble batallar constante por el débil, y el débil es el individuo o la clase indefensos, en el marco local; La Coruña y Galicia enteras, en el nacional, LA VOZ DE GALICIA, desde la altura envidiable y digna de sus setenta y cinco años cumplidos, puede volver satisfecha la vista atrás y mostrar con orgullo una estela ya imborrable de realizaciones concretas: la carretera de Circunvalación, el sanatorio de Oza, el puente del Pasaje, la dársena del Parque, la calle que hoy lleva el nombre de nuestro fundador, verdadero artífice de tanta mejora fundamental, expuestas y defendidas una tras otra entusiastamente por su diario, y logradas también con el peso influyente de su enorme personalidad...

Eso, ayer. Hoy, el aeropuerto de Alvedro se está realizando como respuesta lógica a una necesidad denunciada y defendida empeñadamente por LA VOZ DE GALICIA, incluso en contra, que todo hay que decirlo, del parecer minúsculo de alguna solemne personalidad local cuyo nombre olvidamos piadosamente. En nuestras intenciones se fundió el primer impulso por el aeropuerto coruñés, y nuestro apoyo colaboró en el nacimiento extraordinario del proyecto, y LA VOZ DE GALICIA lo llevó a cabo amablemente de la mano hasta que, convertido ya en algo importante, serio y parentesco, ya no se podía perder.

Toda La Coruña asocia hoy el venturoso porvenir de la capital, en cuanto a trabajo y riqueza, a la realización de la refinería de petróleo que el I. N. I. anunció será construida en un puerto español del Noroeste. Esta aspiración, recogida por LA VOZ en un ambiente de indiferencia, pronto se convirtió en el anhelo palpante de todos. Fue preciso para ello confeccionar, también de manera extraordinaria, un proyecto —y es de justicia señalar aquí la abnegada y fundamental colaboración de un coruñés excepcional, el ingeniero don Luciano Yordá de Camarero—, y exponer en trabajos reiterados y concienzudos, las ventajas que la refinería reportará a la provincia. Esta campaña, de resonancia inmediata y oportuna, no ha alcanzado todavía el final positivo de la de Alvedro, pero ha logrado inculcar a todos, altos y bajos, la seguridad de su carácter imprescindible para un venturoso porvenir. Y logrado eso, lo demás vendrá por añadidura.

Otras campañas de tono menor se han venido realizando. Todas, es obligado recordar, así, fueron sostenidas por LA VOZ DE GALICIA. Y en su caminar firme, hoy, como ayer y como mañana, nuestro diario sigue abriendo con su marcha, sobre el panorama provincial, un ancho surco sembrado de realizaciones fructíferas que constituyen el aval más firme de nuestra insuperable y auténtica coruñesidad.

Pocas tareas más gratas al periodista actual que repasar

(Pasa a la página CUATRO)



Don Juan Fernández Latorre Fundador de "La Voz de Galicia"

NOSOTROS Y "LA VOZ"

Por María Victoria Armesto

DENTRO de sus limitaciones, LA VOZ DE GALICIA posee una cualidad de gran periódico. Está unida a los intereses de una ciudad.

LA VOZ y La Coruña llevan ya setenta y cinco años contemplándose. Han crecido y se han desarrollado juntas. En setenta y cinco años, La Coruña pasó de una pequeña villa a convertirse en una ciudad de más de cien mil habitantes, con decidido propósito de industrializarse. LA VOZ, por su parte, aspira también a su edificio de cristal a la entrada del puerto, atalaya para seguir pulsando a la tierra gallega que representa.

Va el periódico unido a la vida local. Lucha por el aeropuerto, pretende obtener mejores escuelas, servicios públicos, carreteras (pay!, carreteras) y pavimentación de calles. Con unos impulsos muy juveniles —y a veces un tanto ingenuos—, LA VOZ entra en colisión con otras cosas provinciales gallegas que igualmente pretenden arrimar el ascua a su sardina.

LA VOZ y La Coruña se parecen también bastante. Acaso el haber pasado por las mismas vicisitudes ha prestado a la ciudad y al periódico ese aire un tanto sofisticado que les caracteriza. Un aire de estar de vuelta de todo, de ser ya un poco escéptico, de creer, pero no creer nunca mucho. La Coruña, como tantos gobernadores del inquieto pasado han sabido, no es una ciudad fácil, y el mayor mérito del periódico, a mi juicio, es haber logrado interperar sus inquietudes.

LA VOZ supo ser el periódico de la industria coruñesa y, a la vez, el periódico de los pequeños anunciantes; el órgano de los intelectuales gallegos y, a la vez, un periódico muy volcado hacia lo internacional, lo cual se complementa bien con la situación geográfica de La Coruña: puente entre dos mundos.

(Pasa a la página DOS)

UNA DEUDA PENDIENTE



Hace años fue construida esta maqueta de un monumento que La Coruña iba a dedicar a don Juan Fernández Latorre, fundador de LA VOZ DE GALICIA y gran benefactor de la ciudad. Como tantas otras iniciativas, el paso del tiempo la fue dejando en un olvidado proyecto más. La maqueta descansa en nuestra casa como un reproche mudo y constante a la pasividad ciudadana. Y hoy, perceptibles con nitidez los inmensos beneficios que La Coruña obtuvo de don Juan Fernández Latorre, consideramos de justicia devolver a la actualidad el merecido proyecto de homenaje. Un simple busto del fundador de LA VOZ DE GALICIA, que se alzara en cualquiera de las obras que él logró, habrá saldado una deuda de gratitud que La Coruña tiene pendiente de pago.

Brindamos la iniciativa a la corporación municipal en este día en que LA VOZ DE GALICIA, hija fecunda de la iniciativa de don Juan Fernández Latorre, cumple setenta y cinco años de una existencia afanosamente dedicada a la defensa de los intereses de La Coruña.

El tiempo, magnífico colaborador

Por Wenceslao Fernández Flórez

SESENTA y cinco años. Es decir: que LA VOZ DE GALICIA existió ya cuando muchos de nosotros no habíamos nacido aún. Y es decir, también: que ocurrían crímenes, niñas, incendios, naufragios, pugnas políticas, pero el "suceso" no había aparecido; porque así como ninguna cosa existe hasta que tiene un nombre, el "suceso", eso que ahora llamamos específicamente "suceso", necesita como catalizador la publicidad periodística. Desde el comienzo de los tiempos, hubo sucesos, pero no pasaban de la categoría de accidentes, de hechos, de ocurrencias, porque aún no se publicaba LA VOZ. Y digo LA VOZ porque ella pasó bien pronto a ser, por antonomasia, "el periódico". Nadie estaba perfectamente muerto si su escuela no se había publicado en sus planas; nadie veía difundirse o robustecerse su reputación, si LA VOZ no se ocupaba en sus libros, en sus conferencias, en sus actividades, de la índole que fuesen; aquellos que tenían un hijo habrían perdido gran parte de sus apuros y de

sus esfuerzos si LA VOZ no daba la noticia en sus "Ecos de Sociedad", y hasta los que emprendían esas vías de recreo, cuya principal finalidad consiste en pavonearse con ello entre los convecinos, si no lo contaba LA VOZ nadie se enteraba, y los pobres tenían que ir contándolo uno por uno a todos sus conocidos, y aún así nadie les creía, porque... no lo habían leído en LA VOZ.

—Lo dice LA VOZ, era un argumento decisivo, un recurso de convicción. Ese crédito se afirmaba en las ciudades y se extendía por el campo y llenaba toda la provincia, y suponía que también la región; pero yo ahora empleo el pretérito y limio escarriados porque estoy utilizando recuerdos y experiencias más de hace muchos años, observaciones logradas en el pueblo donde nací, que es el mismo donde surgió el diario que actualmente conmemora su septuagésimo quinto aniversario. Claro está que el crédito de LA VOZ y la difusión que alcanzó tal grado, que su simple título pasó a ser sinónimo de

periodico, no se desprendió como fruta madura del hecho biológico de su larga vida, sino que fué conseguido con la constante labor de hombres de limpia conducta, enamorados de su profesión y que en ella ponían perseverancia, sacrificio y una pasmosa actividad infatigable. Si ahora evoco aquellos tiempos, ya sin pasión alguna y con la buena perspectiva que dan los años, pienso que muy bien se podría afirmar que el periodismo coruñés profesional, el periodismo "químicamente puro", o que entendamos por apellidos y circunstancias típicamente periodísticas, se forjó con LA VOZ. Creo recordar que la nómina de redactores, bastante amplia para aquellos tiempos, era remunerada con sueldos sin duda muy moderados, pero superiores a los que asignaban otras Administraciones. LA VOZ disponía de colaboradores cultos, capaces de comentar temas graves (como aquel amable cronista que altivamente usaba dos pseudónimos: Demócrito y Heráclito), pero concedían a la infor-

mación una preferencia y un escrupuloso cultivo que ya está casi en primer lugar de los cuidados de todo periódico moderno. LA VOZ sabía ya, en ciertas ocasiones, utilizar el recurso de los títulos a más de una columna, como atracción para los lectores. Alejandro Barreiro desolló como gran reportero. Pero todos eran buenos reporteros en aquella Cosa. Además de la especialización a la que atendiesen, eran y se sentían reporteros.

Había otro excelente periódico —para mí inolvidable— en La Coruña: "El Noroeste", y quien lo dirigía —don José Lombardero— era un admirable periodista. Pero, ¿seramos periodistas a esta manera todos los demás que componíamos la Redacción? ¿A la manera de Lombardero, a la manera de LA VOZ? A mí me parece que no. Desde luego, no en lo que a mí respecta, y al inolvidable Alfredo Teila, y a don José López Scrs, y a Pan de Boraluco... Todos amáramos más la crónica que las noticias, la literatura que la información; nos apoyábamos en la actuali-

dad, pero sin demasiado respeto, y para que nos sirviese, no para servirla a ella. En lo que a mí se refiere, fui el peor reportero de todos los tiempos, y les tenía miedo a los de LA VOZ, que se enteraban de todo y lo sabían todo, y estaban en donde debían muchas horas antes de que uno se presentase. La sonrisa de Mercedes al verme llegar cuando él ya se marchaba, ahito de notas, me hizo sufrir muchas veces.

Antes de que Lombardero me llamase para su Empresa, trabajé en varios periódicos de La Coruña. Eran diarios de pocos recursos y de escasa tirada. En uno de ellos, la necesidad de escatimar gastos imponía el uso del papel de los telegramas, en vez de cuartillas. Al arrancar la tira, solían producirse desgarraduras que hacían difícil la escritura. Tendría yo entonces quince o dieciséis años, pero me quedé para siempre aquella memoria, que aún hoy me hace considerar con satisfacción la presencia de un mazo de buenas cuartillas que pueda usar a mi antojo. Pero nunca escribí en LA VOZ. No sé por qué, mas así vinieron las cosas. Sin embargo, me hubiese gustado dejar incorporado mi nombre a la lista de aquellos compañeros que alcanzaron a crear y dar solidez y longevidad a tan gran periódico. No tuve ocasión de pedir en el asilo para mis producciones, y creo que, en gran parte, mi retraimiento obedeció a que me imponía la presencia de Fernández Latorre, con su corpulencia, sus mejillas pilosas y su mirada, que jamás se detenía en aquel muchacho que era yo.

Muchos acontecimientos hubo en esos setenta y cinco años; algunos, jubilosos, otros, trágicos. LA VOZ los engulle entre los coroneles de sus planas y con ellos se robustece y los transforma en elementos de su creciente prestigio. LA VOZ tiene un magnífico colaborador: el Tiempo. Se llevan tan bien, que después de una unión de tantos lustros renuevan ahora su contrato por siglos. Que el éxito continúe a su lado.